

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

← BARCELONA 5 DE JULIO DE 1886 →

NUM. 236

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*Desde Roma* (conclusión), por don A. Fernández Merino.—*Las custodias clásicas de nuestras iglesias* (I), por don F. Giner de los Ríos.—*La viña del Señor* (continuación), por don Pedro María Barrera.—*Viaje á Filipinas* (continuación), por el doctor J. Montano.

GRABADOS.—*A merced de las olas*, cuadro de M. Renouf.—*La catedral de Colonia.*—*Magdalena*, cuadro de Pedro de Rotari.—*Un apunte*, de J. M. Marqués.—*Aspasia*, escultura de Ernesto Herter.—*Luis II, rey de Baviera*, † el 13 de junio de 1886.—*Oton I, rey de Baviera.*—*Leopoldo*, príncipe regente de Baviera.—*El doctor Gudden*, † el 13 de junio de 1886.—*Bincungán, aldea de moros.*—*Aldea mandaya.*

NUESTROS GRABADOS

Á MERCED DE LAS OLAS, cuadro de M. Renouf

La idea del naufrago que disputa á la voracidad de las olas una existencia cada momento más amenazada, es siempre conmovedora y dramática. Esto explica porqué ha inspirado tantas obras de arte, y continuará inspirándolas, mientras el artista busque, como es natural, asuntos que interesen al sentimiento público.

El autor del cuadro que hoy publicamos acudió ya á ese sentimiento cuando expuso su inmenso lienzo *Los naufragos*, en el cual describió la prolongada agonía de los tripulantes de una lancha, perdidos en un mar proceloso. Seguro de sí mismo y de la bondad del argumento, Renouf ha pintado últimamente lo que pudiéramos llamar un detalle; y con tanto acierto lo ha verificado que difícilmente cabe excitar con mayor poder el sentimiento del espectador.

Si un naufrago es siempre interesante, mucho más ha de serlo ese pobre niño, arrancado sin duda por las olas á los brazos de su madre

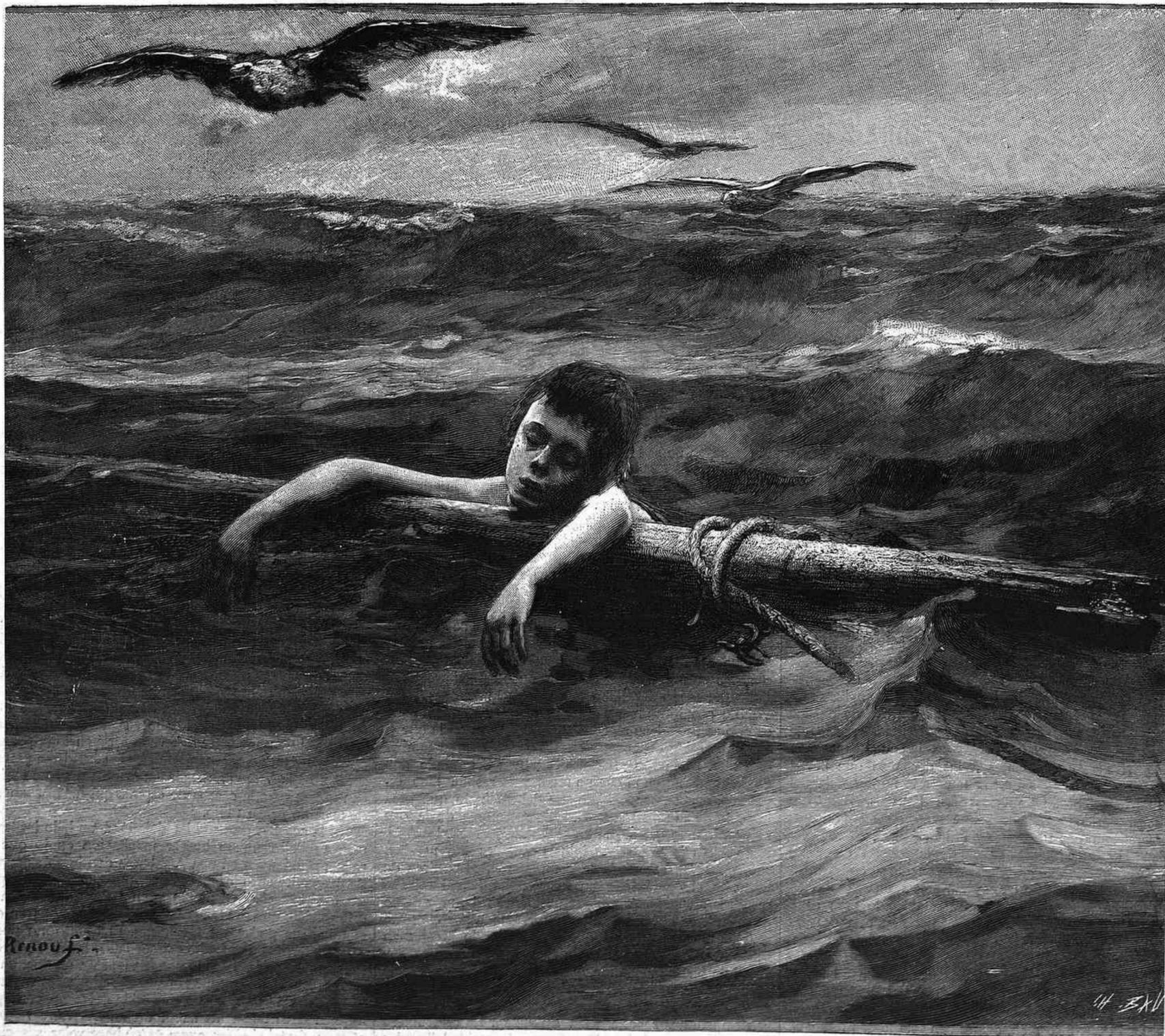
desesperada, y pendiente su vida de ese leño que la casualidad le ha deparado con la maligna intención de prolongar sus tormentos. Mas ya el pobre niño ha cesado de padecer: el instinto de conservación, mejor que la conciencia del hecho, lo tiene débilmente unido á ese pedazo de mástil: fáltanle las fuerzas, ha cerrado los ojos como el reo de muerte al descubrir el cadalso, y dentro de un instante...

Dentro de un instante todo habrá concluido; el cuerpo se hundirá en el abismo, y las olas, rodando con su implacable monotonía, borrarán el epitafio de ese sepulcro, imposible de colmar, que se llama el Océano.

Dada esta inspiración, dado este asunto, dígame si es posible ejecutarlo con mayor verdad y con mayor sobriedad de medios de los empleados por Renouf para llamar la atención hacia ese débil ser abandonado á merced de las olas.

LA CATEDRAL DE COLONIA

Por la grandiosidad del proyecto, por la elegancia y armonía de



Á MERCED DE LAS OLAS, cuadro de M. Renouf

sus líneas, por las bien estudiadas proporciones de sus diversas partes, por lo imponente de su conjunto y por la riqueza de sus detalles, la Catedral de Colonia debe considerarse la más importante y bien acabada construcción del arte gótico. Ante una obra de tanto aliento, el hombre se sentiría muy pequeño, si al fin y al cabo esa gran maravilla ojalá no fuese obra de los hombres.

Concibió esta portentosa catedral el maestro Gerardo de Ryre y se colocó su primera piedra el día 14 de agosto de 1248. Sus torres, digno remate del edificio, tienen la elevación de 156 metros: no las hay más altas en Europa. Nuestro grabado representa una sección de la fachada principal tomada por su base. Ella basta para formarse idea de la riqueza del monumento: las esculturas que la adornan profusamente, sin que por esto se resienta su severidad, son del siglo XV y las ejecutó probablemente Conrado Cuyor.

El interior del templo en nada desmerece de su aspecto exterior. A la hora del crepúsculo vespertino, cuando las inmensas naves se hallan apenas alumbradas por la dudosa luz que penetra por los ventanales acristalados de colores, cuando el paso del *touriste* resuena bajo aquellas bóvedas que se elevan á más de sesenta metros, la imaginación tiende el vuelo en alas del sentimiento cristiano y se le figura que una legión de preladados, de príncipes y de artistas han abandonado sus sepulcros para ser testigos del asombro que causa su obra á los hombres del siglo XIX, á los hombres que han construido el istmo de Suez y perforado el San Gótarde; pero que han quedado muy rezagados en arquitectura cristiana, porque no tienen, ni en Dios ni en el arte, la fe que levantaba catedrales como la de Colonia.

MAGDALENA, cuadro de Pedro de Rotari

El autor de este lienzo es uno de aquellos pocos hombres que, cuando más extremadas eran las exageraciones de la rancia nobleza, ó sea á mediados del siglo XVIII, no creyeron incompatibles los laureles del artista con los blasones del aristócrata. Conde de Rotari le llaman los biógrafos y en la corte de Rusia encontró acogida digna de su cuna y de su talento. El Museo de Dresde, empero, es el que posee los más bellos cuadros de este pintor, incluso el que hoy publicamos. Por él se echa de ver que Rotari cultivó la buena escuela italiana. Su *Magdalena* es bella y no carece de sentimiento; pero en rigor ni su belleza es la de la penitente del desierto, ni su pena es la de la mujer arrepiñada y sublimada por un amor tan intenso como inmaterial. Ello, sin embargo, no desmerece la importancia del autor y su obra es digna de figurar entre las valiosas reproducciones que valen á un artista el derecho de ocupar un sitio en la historia formal del arte.

UN APUNTE, de J. M. Marqués

A la vista de este dibujo sólo nos cabe decir que si su autor apunta siempre de la misma manera, muy á menudo dará en el blanco.

ASPASIA, escultura de Ernesto Herter

El autor de esa preciosa estatua suele inspirarse en los personajes de la antigüedad clásica. Su *Aguiles moribundo* y su *Patricia romana* le dieron justa reputación, á la cual ha puesto el sello con *Aspasia*, la célebre cortesana griega, la amante de Alcibiades, la oradora elocuente y disoluta, que debiendo estar en el vergonzoso gineceo, compartió legalmente el tálamo de aquel supremo magistrado que dió nombre á su siglo, el siglo de Pericles.

Herter ha dado en esta obra una prueba ostensible de que ha hecho un profundo estudio de la estatuaría griega, en la cual se traduce el carácter de ese pueblo, más que otro alguno adorador de la forma. La *Aspasia* de nuestro escultor es bella en todas sus partes y mereciera la calificación de correcta aun después de acostumbrada la vista á las estatuas de Fidias.

EL DRAMA BÁVARO

La reciente catástrofe que ha puesto fin á la vida de Luis II rey de Baviera, ha servido de epílogo á una existencia llena de insensatos desvaríos que tanta notoriedad dieron al desgraciado monarca. Juzgamos inútil describir el modo cómo el rey Luis y su médico Gudden han encontrado la muerte en las tranquilas aguas del lago de Starnberger, pues nuestros lectores deben conocerlo por los muchos detalles con que lo ha descrito la prensa de todos los países, y nos limitamos á publicar los retratos de los dos protagonistas de este drama, así como el del actual rey Oton I, heredero nominal del trono bávaro, desgraciadamente tan falto de juicio como su difunto hermano, y el del príncipe Leopoldo, que por esta causa ha debido empuñar las riendas de la regencia en nombre de su sobrino.

DESDE ROMA

EXPOSICIÓN EN LA ACADEMIA DE ESPAÑA

(Conclusión)

Por esta vez ha ocurrido lo que, según cuentan, hace mucho tiempo que no sucedía: las obras de los pensionados de escultura son superiores á las presentadas por los de pintura. Unos y otros han llevado á la actual exposición sus envíos correspondientes á los dos años que llevan pensionados y gracias á esto aumenta la importancia del concurso celebrado en estos días. Bansells, Barrón y Querol son los campeones que mantienen allí el arte caracterizado por Praxiteles y Fidias, y justo es confesar que si el primer impulso en pro de la excelsa causa no es muy fuerte, tiene grandísima intención y está perfectamente dirigido al fin que se han propuesto.

El orden alfabético que hemos establecido para estudiar las obras que han presentado, tiene en esta ocasión la ventaja de que nos lleva á tratar primero del pensionado de mérito señor Bansells, obligado en su primer año á presentar un bajo relieve. Esta declaración nos hace lamentar de nuevo el estúpido rigorismo del Reglamento á que está sujeta la mal llamada Academia de España en Roma. Pensándolo bien, ocurre con ésta lo contrario que con todas las demás que existen en España: aquí por condiciones especiales que enumeraremos en su día, vienen los artistas á momificarse por algún tiempo; allí llegan

momificados ya; aquí vienen á sufrir desengaños, cuando sonríen ilusiones; allí se despiertan vanidades cuando el corazón está seco y tan extraño contraste hace pensar en la verdad de aquel loco que afirmaba estaban en los manicomios los francos, pues los disimulados conseguían gozar de libertad.

Hará V. una estatua, dice el Reglamento, tal vez cuando el joven artista sueña con las tenues líneas de un bajo relieve y le ordena hacer uno de estos cuando seducido por el Apolo del Belvedere ó por la Venus capitolina, anhela llegar á la realización de una obra bella desde todos puntos de vista. Si en la realización de una estatua hubiera menos dificultades que en las de un bajo relieve ó vice-versa, comprenderíamos aún que el Reglamento estableciera éste ó aquél orden; pero, ¿quién es el maestro que ha definido esto? Mirados con los ojos del alma los bajo relieves del Partenón, ¿pueden compararse en dificultades con alguna estatua? ¿Es más fácil realizar la Venus de Milo, que cualquiera de los grandes bajos relieves que pueden admirarse?

Tal vez se nos diga que la exigencia del bajo relieve es principalmente para probar lo que el artista vale en composición; mas para esto es preferible el grupo, obra á la que naturalmente se inclinan los artistas de verdad y que es, digámoslo así, el cuadro en escultura. Volvemos á decirlo, el Reglamento exigía y Bansells tuvo que hacer un bajo relieve y como si la imposición fuera escasa aún, hasta le determinó el género, prescribiéndole que el asunto lo debía tomar de la Historia Sagrada. Estas exigencias son aventuradas, pues de la Biblia pueden tomarse escenas nada edificantes que el Gobierno rechazaría después, faltándose á sí mismo: con arreglo al reglamento un pensionado de escultura puede inspirarse en los infundados temores que asaltan á las hijas de Loth ó puede representar alguna escena de la vida íntima del Santo y Sabio Salomón, ó queriendo justificar la cólera celeste, presentar interiores de Sodoma ó Gomorra antes de su destrucción ó la tremenda escena á que debió su salvación el Levita de Efraim, y juzguen nuestros lectores lo que resultaría de la obra del pensionado inspirándose en la Sagrada Escritura, para lo que sin duda y aunque fuera sólo como sobre ascuas, tendría que pasar por el Cantar de los Cantares. Pero detalles son estos en que no se fijó sin duda la inteligencia suprema que redactó la ley interna de aquel cuartel-convento: debió atender sólo al mérito incalculable que adquiriría el Estado pensionando á quien le probó merecerlo justamente y no vió que le colocaba en la situación del infeliz sobrino á quien su rico tío le comprara frac con que asistir á suntuosos bailes; pero que no presentara al joven en parte alguna y lo tuviera trabajando todo el día.

El señor Bansells, que no es nuevo en el arte, escogió para asunto de su obra más que una escena, más que un momento indivisible, un drama tiernísimo, una serie sucesiva de impresiones que se reflejan plácida y dulcemente en el ánimo del espectador. La vida del precursor de Cristo, los actos, la muerte de aquel que con las aguas del histórico río que enriquece el lago de Tiberiades, determinó al redentor del linaje humano, ha servido de inspiración á distinguidísimos artistas cuyas obras son conocidas de todos, pero hasta ahora la pintura era la que había encontrado más campo para producir, inspirándose en la vida del Bautista: Ghirlandajo y Andrea del Sarto la explotaron casi por completo y de una manera admirable, dejando obras de eterna fama en los claustros de Santa María Novella y en la Hermandad de lo Scalzo, é incidentes aislados y presentaciones diversas han servido á muchos más para lucir méritos inolvidables. La escultura no se había ejercitado tanto en los asuntos señalados; salvo alguna que otra escena convencional, hecha más para adorno de iglesia que como obra de arte y alguna cabeza separada simulando la que, sobre repujado plato, fué presentada á Herodías, no recordamos obra alguna digna de particular mención. Bansells ha hecho una de la que se debe sentir orgulloso; tal vez en su ejecución no esté de acuerdo con las imposiciones modernas del arte, pero guarda intactas las venerandas tradiciones y la acusación de académico que no puede estremarse en modo alguno, es un elemento que hace bien á su producción por las condiciones particulares de la misma.

Titular la obra de este pensionado de mérito *La Degollación de San Juan Bautista* no nos parece propio: el Bautista ha sido degollado ya y sus discípulos se aprestan á darle sepultura; mas antes contemplan el inanimado cuerpo con religioso recogimiento, expresión en la que el artista ha sabido encontrar efectos que colocan su nombre muy alto. El cuerpo del Santo es tal vez demasiado rígido; la anatomía en el cuerpo muerto no resulta bien estudiada, mas en cambio la figura del discípulo que besa la mano de su maestro, sacrificado á temores de la que más tarde tuvo que seguir en el destierro á Herodes Antipas, complaciente juez en injusta causa, es muy notable. Perfectamente estudiada la composición, armoniosa de líneas en el conjunto y en sus detalles, llamaría justamente la atención. Aun posee un mérito más, muy digno de tenerse en cuenta: la escena presentada por el artista se halla tan bien sentida que no resultando arcaica en modo alguno, tiene carácter de época; hay en ella una suavidad de líneas tan grande, que resulta, siendo perfecto de proporciones, una creación artística de los primeros siglos; está impregnada del sentimiento cristiano más puro, y contemplándola se recuerdan sin querer las catacumbas y los primeros mártires, las escenas de caridad llevadas á cabo por aquellos que á costa de su existencia, querían probar eran hermanos en la vida y en la muerte.

El *Acta martyrum* resulta puesto á contribución este año por los pensionados del cuartel-convento que el Gobierno español tiene aquí, para que haga el papel de Academia de Bellas Artes. Después de San Juan Bautista, Santa Eulalia. La confesión de la exaltada cristiana ante el pretor Daciano, ha servido á Barrón para asunto de su bajo relieve, esto es, para asunto de su *alto* relieve, que es lo que por ejecución resulta. Desde luego se advierte una cosa que salta á la vista y es que el autor no ha sentido el asunto como su compañero de quien hemos hablado. La composición resulta perfectamente estudiada, siendo sin duda de esto de lo que peca: Barrón no ha podido perder aún sus hábitos de escuela y es una verdadera lástima, pues tiene como escultor recomendabilísimas condiciones, que aparecen dominadas por hábitos académicos, que si pasaron en un tiempo, no pasan ya en nuestros días. Consideradas separadamente, las figuras de la obra son dignas de alabanza, mas dentro del cuadro revelan inexperiencia ó afán de conseguir efectos á los que puede llegarse por más legítimo camino: el artista lo sabe perfectamente, pero no ha querido probarlo, antes bien hace como que no lo sabe y de aquí los defectos que se le pueden señalar. Para conseguir una obra notable no eran necesarias tantas figuras como resultan aglomeradas allí y que sobran ciertamente: aquel lictor que apoyado en sus haces escucha como si formara parte del tribunal, no estaría con tanta confianza si respirara Daciano, y la vestal que cuida del fuego y el sacerdote de luenga barba, son personajes que huelgan allí; los pretores romanos no estaban asistidos por personajes religiosos como en la Edad media ocurría con los fanatizados jueces. Nerón, Domiciano, Adriano y Decio lo que exigían era que no fueran cristianos y que sacrificaran á los dioses sin decir á cuáles; de aquí que estén de más personajes en la composición y que se revele un sensible defecto. La figura más sentida es sin duda la de la santa; el artista, libre de sugestiones, inspirándose en los grandes ideales cristianos y sintiendo verdadero entusiasmo por aquella atrevida joven, ha puesto su alma en ella y resulta en actitud calmada, mas la expresión de aquel rostro es bastante para hacerla comprender valerosa y entusiasta de una causa que la arroba. ¿Cuánto más no valdría la composición toda, tratada con la sencillez con que el autor ha tratado á la protagonista!

El desnivel que hemos señalado entre el detalle y el conjunto, se revela de una manera más clara y perfecta en la figura del pretor Daciano. Quitada de allí tal figura, aislada como estudio de interés, en el que por partes iguales se quisiera dar importancia á los paños y al desnudo, nada tendríamos que decir, alabáramos sólo; mas en el relieve hace un efecto deplorable. ¿Cree el señor Barrón que el hecho de haber sido enviado á Barcelona Daciano porque el emperador lo sabía *truculentiores expertus*, basta para suponerlo inhumano, mal educado é inconveniente, hasta el punto de presentarle medio desnudo en el tribunal? ¿Cree el señor Barrón que porque los pretores romanos han adquirido fama de crueles, que por haber condenado en algunos casos á jóvenes doncellas á penas en las cuales el pudor sufría tanto como el cuerpo, eran inmorales hasta el punto de administrar justicia con menos ropa que cuando se sale del baño? No por cierto; casi estamos seguros de que el distinguido artista lo sabe, pero la toga y la clámide no le parecieron de efecto: acudió al desnudo que manejó bien, pero que le paga mal por las condiciones en que lo ha empleado. Cuando la mártir cristiana no le hubiera inspirado ningún respeto, la presencia de la vestal aquella, le debió obligar á vestirse. De todos modos, la obra del distinguido pensionado será un elemento de fama en su vida artística y puede estarse seguro que el día que proceda libre de trabas de escuela y de imposiciones académicas, será una gloria de la patria.

El tercer pensionado de escultura es Agustín Querol, discípulo de Vallmitjana á quien honra sobremedera. Querol ha cultivado ya el género religioso y pocos de nuestros lectores desconocerán su *Mater dolorosa*, obra en la que al par de la buena ejecución, puede admirarse la más perfecta originalidad. Nada más antiestético que esas vírgenes de corazón superpuesto, atravesado por siete espadones y al parecer descolgado de una armería de la Edad media: el primero que concibió en esta forma á la Santa Madre de Dios, debía de ser romo de ingenio ó demasiado presuntuoso, hasta el punto de concebir á la grey cristiana del todo obtusa: de otro modo no se comprende que tuviera que sacar fuera el corazón, para indicar claramente el lugar del daño y significar el dolor más grande, el de una madre que ve morir á su hijo, por una puñalada. Querol, separándose de trivialidad tan grande, presentó á la Virgen atristada, en el momento que oprime contra su pecho la corona de espinas que fué instrumento de martirio para su hijo.

En la ocasión presente ha dejado á un lado las tradiciones religiosas, para buscar inspiración en lo que le rodea: pensionado en una Academia donde no se aprende, ha vuelto sus ojos á la Roma que puede contemplar desde el histórico Gianicolo y en la historia antigua de este pueblo, que fué tan grande, halló elementos en que ejercitar sus poderosas facultades. El asunto no puede ser más terrible ni más dramático: Tulia, la hija de Servio, sabe que su padre ha sido asesinado; se ve reina, en lo que no han tenido pequeña parte sus criminales sugestiones y corre á saborear la satisfacción del trono, con aquel á quien sarcásticamente había dicho: *Devolvete retro ad stirpem, fratri similior, quam patri*: hace volar sus caballos hacia el foro, para dar á Tarquino la que en su ambición cree feliz noticia y una vez hecho esto al volver al

Palatino, pasando por la vía Cypria donde yace en su sangre el monarca asesinado á quien debió la existencia, nada le detiene y la biga pasa por encima, con horror de los que contemplan la escena y que llamaron á la calle *vía Scelerata*. De aquel sangriento drama el artista ha escogido la mejor escena, el momento en que el auriga mismo horrorizado, se vuelve hacia Tulia refrenando los caballos para pedirle órdenes, y ésta le manda seguir sobre todo.

Atento Querol al plano principal de la composición, se ha fijado, y ha hecho bien, en el grupo central, que es de indisputable mérito. La biga ha sido estudiada del natural en los bellos ejemplares que de tan antiguos carros se hallan en el Vaticano y en el Capitolio; el modelo constante ha servido á nuestro ilustre compatriota para el perfecto estudio de los personajes, y del natural también ha tomado los caballos, que resultan admirables, tal vez lo mejor de la composición. El movimiento en toda la obra se ve admirablemente representado; se ve desde luego la pasión vehemente en Tulia, el miedo y el horror en el cochero, el ímpetu violento en los fogosos animales que se sienten reprimidos con violencia y los personajes que se destacan en el fondo manifestando su horror con ademanes distintos, completan el cuadro.

Este fondo, que atentamente considerado resulta inocente y la figura de la derecha, que aunque buenísima como estudio del natural, resulta inestable dada la duración de la escena, son los dos lunares de la obra, mas contribuyen poderosamente á quilatar los sobresalientes méritos de la acción principal. La figura de Tulia pudiera parecer desproporcionada dentro de la biga, más hay que tener presente el movimiento natural de la misma; está erguida por la violencia; como vulgarmente se dice, crece.

La apertura oficial de la exposición, en que se pueden admirar las obras que dejamos señaladas, tuvo lugar el día 11 de junio: allí, en la mal llamada academia, donde se obliga á los artistas á más de pagarlo todo, á que dejen de su escaso haber diez pesetas *por lo que pueda romperse*, nos parecía estar en España. Resultó lo peor posible: dentro del Salón, que no es nada grande, se colocó una numerosa orquesta que sobre quitar la mayor parte del espacio no dejaba ver las obras, por lo que acompañamos en su sentimiento al autor de tan descabellada idea. No felicitamos á nuestros ilustres compatriotas Espino, Bretón, Chapí, etc., pues aunque con la mejor intención y por una orquesta que tiene justa fama, quedaron EJECUTADOS. El embajador, jefe de la casa, llegó tarde, lo cual aumentó la impaciencia del público, formado por más de ochocientas personas que se agitaban donde cómodamente no se pueden mover doscientas; el cuerpo diplomático extranjero, falto de asientos, se paseó por las galerías y todo, todo, estuvo á esta altura.

Hubo faltas mayores por quien no debía cometerlas; se dieron tristes escenas que acusan los profundos vicios de aquella inútil institución en que tanto dinero se tira: de unas y de otras nos ocuparemos, si la índole de los sucesos nos obliga á ello.

A. FERNÁNDEZ MERINO

LAS CUSTODIAS CLÁSICAS

de nuestras iglesias

I

Ya en otra ocasión (1) he hecho ligerísimas indicaciones de nuestras principales custodias góticas; ahora toca la vez á las que poseemos pertenecientes al tipo clásico, ó del Renacimiento, entre las cuales descuellan las de Avila, Sevilla, Valladolid, Palencia, Jaen, Baeza, Zaragoza, Alarcón, Segovia, Santiago y la grande de Cádiz, ciudad que tiene dos, por consiguiente: ésta y la gótica, apellidada «El Cogollo» de que ya en aquella ocasión se dió cuenta.

Las tres primeras son obra del más célebre platero que trabajó en este gusto, á saber: Juan de Arfe, nieto del no menos famoso Enrique, fundador de la dinastía y autor de las custodias de Sahagún, Córdoba y Toledo, como de tantas otras piezas de orfebrería eclesiástica. A su padre Antonio, también celeberrimo, atribuye Cean Bermúdez (2) haber sido «el primero que usó en España, en las piezas de plata, de la arquitectura greco-romana, deserrando la gótica, aunque la usó con columnas balastradas y con excesivos adornos, que es la que llamaron plateresca (3).» Por desgracia, de todas las obras que á Antonio dieron fama, sólo parece haberse conservado la hermosa custodia de Santiago (1554).

Es esta de plata sobredorada, tiene 1^m,50 de altura y consta de cuatro cuerpos, sustentados cada uno por seis columnas y adornados con estatuas. En el primero, un ángel sostiene el viril; ocupa el segundo la imagen del apóstol de Compostela; el tercero, la del buen Pastor, y el libro de los Siete Sellos el cuarto, sobre cuya cubierta, probablemente á causa de haberse perdido el remate, suelen colocar un ramo de flores naturales, al exponerla y llevarla en procesión (4). Por el carácter general

de las obras de este artífice, corresponde su custodia al tipo de las de Zaragoza y Palencia, más que al de las de Avila, Valladolid y Sevilla, debidas á su hijo.

Respecto de éste, nada hay que decir, siendo el más célebre de nuestros plateros del Renacimiento. Fuera de su arte, se le deben también otros trabajos de mérito, ya de escultura en bronce, como las estatuas de los duques de Lerma, hoy en el museo de Valladolid, y hasta hace poco atribuidas á Pompeyo Leoni; ya de grabado, como las estampas del *Caballero determinado* ó el retrato de Erquilla; ya, por último, de ciencia, como sus tratados de *El quilatador de oro, plata y piedra*, ó el tan celebrado de la *Varia comensuración para la escultura y arquitectura*. El número de las custodias, bustos, cruces, porta-páces y demás alhajas que Arfe hizo fué extraordinario, y su fama tal, que no hay pieza de platería de estilo greco-romano que no se le haya atribuido, con tal de que tuviese algún mérito (5).

Ciñendonos á las custodias, á él se debieron—por lo menos—las de Avila (1564-1571), Sevilla (1580-1587), Burgos (concluida en 1588), Valladolid (concluida en 1590), Osma y San Martín de Madrid. De ellas, por desgracia, se han perdido la de Burgos y las dos últimas (6).

La de Avila, que le encargó el cabildo cuando apenas contaba veinticinco años, tiene cerca de 2^m de altura, seis cuerpos, alternando los exagonales con los cilíndricos, sobre un basamento muy alto; profusión de estatuas; en el templete inferior, de gusto jónico, el grupo del sacrificio de Abraham; el viril, en el segundo, de orden corintio; en el tercero, compuesto, la Transfiguración; la Asunción de la Virgen, en el cuarto; de la bóveda del quinto pende la acostumbrada campana, y el sexto es una linterna, rematada por una cruz. El zócalo, los pedestales, los frisos, las enjutas, los fustes de las columnas: todo está lleno de relieves. La estructura, completamente clásica, es muy esbelta: sólo la afean las pirámides terminadas por bolas, que por entonces entran á sustituir á los pináculos góticos. Pesa más de cincuenta y cinco kilogramos y costó 1.907,403 maravedises.

La de Valladolid, donde habitualmente residía el artista leonés, es de la misma altura y muy semejante á la anterior, incluso en el peso de más de sesenta y seis kilogramos y el precio (44,649 reales), aunque el conjunto es menos elegante. Consta de sólo cuatro cuerpos, alternativamente exagonales y redondos también; en el primero de ellos se hallan Adán y Eva; en el segundo, el viril; en el tercero, la Concepción; y la rotunda que forma el cuarto termina por una pirámide, coronada por su correspondiente esfera, sobre la cual se alza la cruz.

La disposición de la de Sevilla, sin duda la más importante de todas las de Juan de Arfe, el cual la reputa por «la mayor y mejor pieza de plata que de este género se sabe (7)», varía de las anteriores. Todos sus cuatro cuerpos son cilíndricos. Dentro del primero, puso el artista la estatua sentada de la Fe, sustituida desde 1668 por una imagen de la Concepción, obra de Juan de Segura y de gusto bastante inferior y menos puro que el de las restantes del primitivo artífice, muchas de las cuales rodean este primer cuerpo, coronado por una balastrada, sobre cuyos machones, correspondientes á las columnas jónicas que la sostienen, se ofrecían «doce ángeles niños, con las insignias de la pasión (8),» sustituidos hoy por otros tantos «ángeles mancebos» que dice Cean, bastante barrocos. El segundo cuerpo, corintio, está ocupado por el viril, en medio de las figuras y signos de los evangelistas; en el tercero, se alberga el cordero Pascual; y la Trinidad en el cuarto, de orden compuesto, como el anterior y cerrado por una cúpula, sobre la que se eleva una linterna, coronada por la estatua de la Fe, obra también de Segura, que reemplaza á la primitiva cruz de Arfe y que ha desfigurado con su excesiva mole la elegancia del conjunto. Por último, la altura total de la fábrica es de cuatro varas; y su peso, tal como hoy se encuentra, de unos 435 kilogramos.

No se construyó esta obra sin grandes cuestiones. En primer lugar, para ello se deshizo la antigua custodia de Mateo y Nicolás Alemán (1515), acto de vandalismo, tal vez más frecuente todavía por aquellos tiempos que en los nuestros, pero que con razón promovió disturbios entre los capitulares. Además, para elegir el proyecto de la nueva alhaja, se abrió concurso, según la costumbre, entre varios plateros, siendo uno de ellos el famoso Francisco Merino, autor de la custodia de Baeza y de las urnas de Santa Leocadia y San Eugenio para la catedral de Toledo; y en atención á su nombradía y á pesar de haber sido preferida la traza de Arfe, el cabildo, á buen componer, le concedió una recompensa de diez mil reales por su trabajo.

La de Burgos, perdida y sustituida hoy por una moderna de metal, se componía sólo de dos cuerpos, jónico el inferior, como de costumbre, y corintio el de encima; pesaba once arrobas (110 kilogramos) y costó 235,664

reales. En ella, como en la de Osma (9), perdida también, y en la que hizo para la Hermandad del Santísimo de la parroquia de San Martín, de Madrid y que tampoco se conserva (según ya se ha dicho antes), ayudó á Arfe su yerno Lesmes Fernández del Moral. Era la última de tres cuerpos exagonales, concluyendo también con linterna y cruz, teniendo veintiseis kilogramos de plata y habiendo costado, sólo de hechuras, 16,813 reales.

A otros distintos artífices, y á muy diverso estilo, dentro del clásico (salvo la de Palencia), pertenecen las principales custodias de este gusto de que todavía debe hacerse particular mención.

El estilo de Arfe tiene, en efecto, su carácter propio. De los dos tipos que el Renacimiento en España reviste, á saber: el rico, decorativo, suntuoso, cuya representación más antigua se halla quizá en la Cartuja de Pavía, y el rígido, austero, sobrio de San Pedro de Roma ó de la Sacristía nueva de San Lorenzo de Florencia, tipos ambos que tienen respectivamente su expresión después entre nosotros en la universidad de Salamanca y en las obras de Herrera, prefiere Juan de Arfe el segundo, subyugado por el prestigio del Escorial, mientras que su padre, Antonio, prefirió el primero). El mismo lo confiesa, cuando, al hablar de este «maravilloso templo» que «iguala en suntuosidad, perfección y grandeza á los más célebres edificios que hicieron los asiáticos, griegos y romanos,» aplaude con entusiasmo deje «por vanas y de ningún momento las menudencias de resaltillos, estípites, mutilos, cartelas y otras burlerías,» «flamencas y francesas (10)» y se refiere á la tradición de Vitrubio. Sus obras, así pues, son la traducción del estilo de Herrera en la platería, aunque algo más rico (por exigencia del material, siempre influyente en el arte), sobre todo, en los frisos, pedestales y fustes. Pero, á pesar de esta mayor riqueza, difícil sería hallar en sus custodias columnas balastradas, doseletes y otros elementos de esa ornamentación profusa, cuya censura acaba de leerse. Podrían quizá sorprenderse en ellas ciertos comienzos de churriguerismo en otro orden, v. g. en las cúpulas abiertas, ó en el abuso de la vid y el racimo, que nuestros decoradores tomaron de los orientales y que luego ofrecerá, un siglo después, los horrores del retablo mayor de San Esteban de Salamanca: porque no obstante su intención de guardar en todo «significado», ó sea, lo que hoy diríamos «sinceridad constructiva,» esta era empresa por completo imposible para la arquitectura del Renacimiento, y de consiguiente para las artes de ella derivadas. Se había roto el vínculo entre la estética y la estructura de los edificios, cuyos miembros decorativos son tan falsos en manos de Arfe, como en las de Churriguera.

En la custodia de Palencia, obra de Juan de Benavente (1582), contemporáneo de Arfe, es tal vez en la que más domina el gusto greco-romano y la que mayor analogía guarda con las de aquél. Sin embargo, aun descontando las adiciones posteriores, siempre sus líneas presentan algún más movimiento y descomposición en el conjunto. De sus dos cuerpos, de orden corintio ambos (contra la regla general), el inferior contiene el viril y el superior la estatua de San Antolín, patrono de la ciudad, levantándose sobre una falsa cúpula la linterna, que termina en pirámide, coronada por la indispensable esfera. Es muy de notar que las estatuas de esta custodia presentan todavía cierto purismo gótico, que pudiera decirse, muy distinto sin duda del estilo arquitectónico de la obra, en cuyo conjunto se muestran de esta suerte tres estilos diversos.

F. GINER DE LOS RÍOS

(Concluirá)

LA VIÑA DEL SEÑOR

POR DON PEDRO MARÍA BARRERA

(Continuación)

- 1.º Que el escribiente era un pozo de ciencia.
 - 2.º Que el escribiente trabajaba doble que cualquier empleado de cualquier oficina en que los empleados trabajasen.
 - 3.º Que el escribiente estaba retribuido con mucha mezquindad y que era vergonzoso para la corporación no aumentarle el sueldo.
 - 4.º Que urgía arreglar el archivo de la villa, cuyos documentos, revueltos y abandonados en los desvanes de la casa capitular á las ratas y las goteras, corrían peligro de ser destruidos, debiendo ser ordenados, clasificados y conservados con esmero.
 - 5.º Que esta difícil tarea la desempeñaría como nadie el escribiente, aprovechando horas extraordinarias.
- No creía el secretario lo que había hecho creer á los demás. En su opinión cuatro de los cinco puntos eran completamente mentira y el restante era completamente verdad; pero convencido de que su subalterno, honradísimo muchacho, unas veces porque en invierno se necesita abrigo para no helarse, otras porque en el verano hace falta ropa ligera para no achicharrarse, y siempre porque es preciso comer para no morirse de hambre, se veía obligado á emprender, contra su instinto y sus deseos, más de una y más de dos cosas reprobadas por la moral

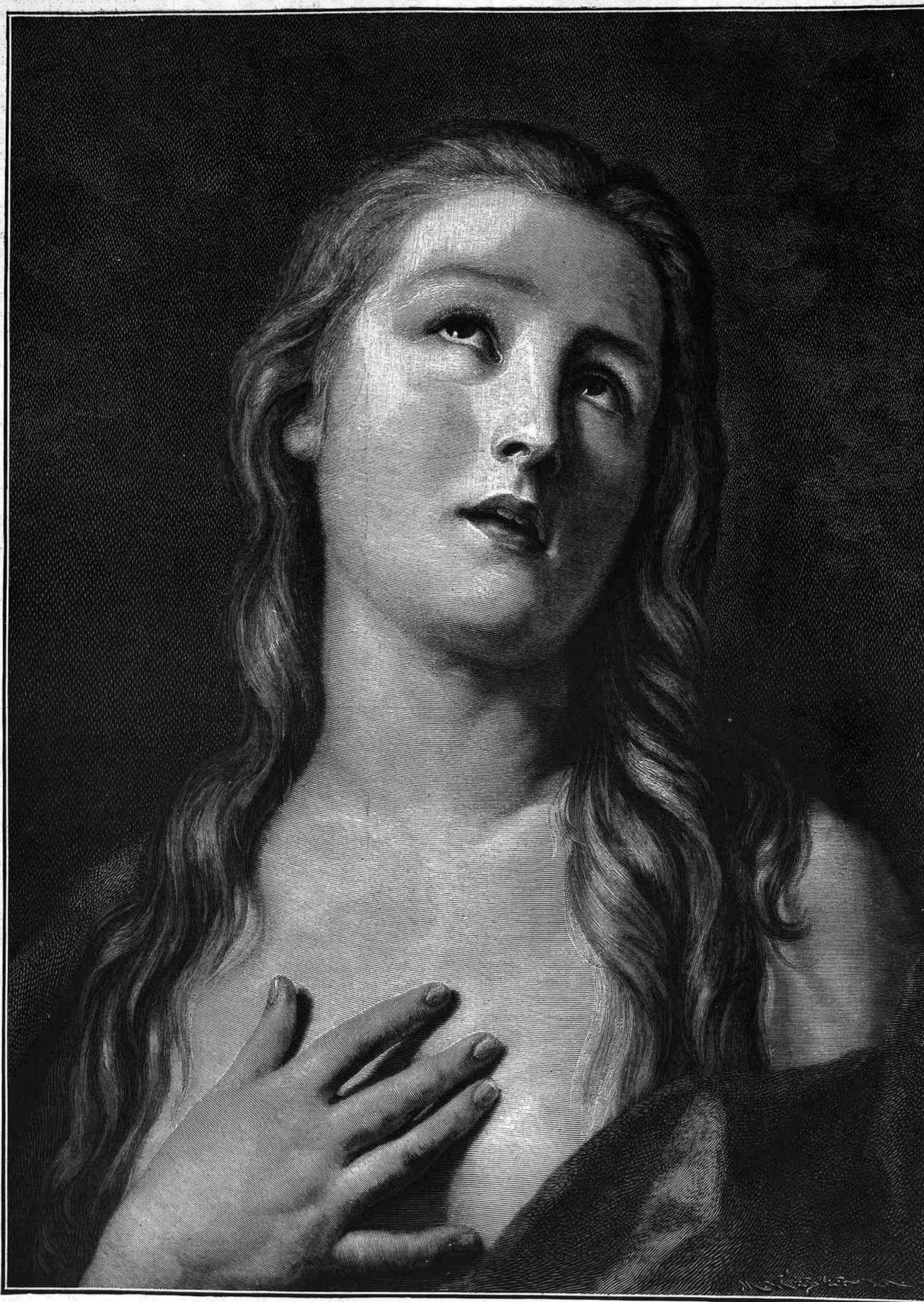
(9) Véase la *Descripción histórica del obispado de Osma...* por don Juan Loperraez Corvalan. - Madrid, 1788, 3 vol.
(10) Documento citado, dado á luz por Cean.

(1) Véase el núm. 233 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.
(2) *Diccionario*, I, p. 54.
(3) Este término hoy va mudando de sentido, aplicándose más bien al arte que combina el elemento gótico con el del Renacimiento; en vez de entenderse por él, tanto las formas de su tipo como de otro, con tal que presente riqueza excesiva de adornos.
(4) Completo mis ligeras notas personales con los datos que ha tenido la bondad de facilitarme el diligente catedrático del Seminario de Santiago, presbítero D. Emilio Villelga.

(5) Buen ejemplo de esto es la inscripción apócrifa en la custodia de Sahagún (á pesar de ser gótica) que la da por obra suya, no siéndolo sino de su abuelo Enrique. - V. *Custodias góticas* en el núm. 233 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA
(6) En la parroquia de San Martín se conserva un pequeño y sencillo templete de dos cuerpos, de bronce dorado (metal tan en uso por entonces), montado sobre un pie en forma de vástago, que sale de una de esas urnas ó jarrones tan usuales á fines del siglo XVI y en todo el XVII, al cual parece pertenecer. Estos caracteres han hecho pensar á algunos si este templete sería la custodia de Arfe; pero basta verlo para convencerse de lo contrario.
(7) En la Descripción que, al acabar su obra, en 1587, hizo de ella al Cabildo, y que publica Cean (*Diccionario*, I, 60 y sigs.: nota).
(8) Idem idem.



LA CATEDRAL DE COLONIA



MAGDALENA, cuadro de Pedro de Rotari

y castigadas por el código, pensó que él estaba llamado á arbitrar medios para que aquel padre de familia pudiera seguir siendo un hombre de bien sin desfallecimientos, intermitencias, ni vacilaciones. Con tan caritativos propósitos se había impuesto la tarea de engañar á todo el Ayuntamiento, persuadido de que Dios no le pediría cuenta de aquel engaño, y el Ayuntamiento demostró que se había dejado engañar como un chino, acordando por unanimidad que el escribiente ascendiese á oficial con mil reales anuales más de sueldo, y que además, por una sola vez se le diesen otros mil reales, como gratificación por el servicio extraordinario de arreglar el archivo.

No tardó en saberse que el tendero había cobrado el piquillo que le adeudaba el flamante oficial de la secretaría. Con este motivo el tío Canina se expresó así en los corros de la plaza:

— Como los pobres estamos por un triste jornal desde que despunta el alba hasta que el sol se pone, trabajando como negros para que el campo dé á los ricos buenas cosechas, parece que los del Ayuntamiento han tomado sus medidas para que las cosas varíen.

— ¿Y ha dispuesto que nos den más jornal y nos quiten horas de trabajo?

— Dicen que ha dispuesto que pague el pueblo cerca de cien ducados más al escribiente del secretario, que no hace nada desde que despunta el alba hasta que el sol se pone: yo no lo creo.

— Si es verdad, Dios le dé viruelas al Ayuntamiento.

— Como nuestras pobres mujeres trabajan como negras desde que despunta el alba hasta que el sol se pone, y están reducidas á comer mendrugos y un potaje de habas ó lentejas, y á no tener más ropa que cuatro guñapos, parece que los del Ayuntamiento han tomado sus medidas para que las cosas varíen.



UN APUNTE, de José María Marqués

— ¿Y han dispuesto que se reparta comida y ropa?

— Dicen que ha dispuesto que pague el pueblo cerca de otros cien ducados, para que la mujer del escribiente,

que todos los días come su buen cocido, y gasta buenos vestidos y buenos pañuelos de Manila, y no hace nada desde que el alba despunta hasta que el sol se pone, pueda pagar deudas contraídas para regalarse el hocico y lucir moños, perifollos y galas: yo no lo creo.

— Si es verdad, Dios dé un cólico cerrado al Ayuntamiento.

A fuerza de mala intención y de noticias falsas, el tío Canina llegó á ser una especie de catedrático al aire libre y de jefe de partido, á quien lo más ignorante y baldío de la villa escuchaba como á un oráculo. No limitaba sus ataques aquel ser venenoso á las personas cuyo descrédito pudiera interesarle desde cualquier punto de vista: la tranquilidad y la dicha ajenas le entristecían de tal modo, que el miserable sólo estaba contento cuando clavaba en alguien el diente.

Había entonces en la villa una mozueta muy hermosa, pero de tan poquísima aprensión y tan ligera de cascos que todo bicho viviente la señalaba con el dedo, y las demás mujeres, ricas y pobres, feas y guapas, creían que con sólo mirar á Mariquilla, que así se llamaba la infeliz, quedarían deshonradas en esta vida y condenadas en la otra. Aprovechando esta circunstancia, el tío Canina trató de introducir en los corros matutinos de la plaza la opinión de que todas las mujeres cojean del mismo pie. Un día pasó una señorita con su criada, y un jornalero, que era novio de ésta, dijo:

— La señorita Guadalupe ha madrugado hoy para ir á confesar ¡Valientes pecados tendrá ese ángel de Dios!

— Hombre, — replicó el tío Canina; — pecado más pecado menos, tendrá los mismos que Mariquilla.

* *

Volvió el Pato del servicio, más galán que Gerineldos



ASPASIA, escultura de Ernesto Herter

y más alegre que unas castañuelas. Pepa estuvo á punto de reventar de gozo. No faltó quien con piadosísima intención pusiera al licenciado al corriente de los suspiros pegajosos del hijo del tío Canina: pero el Pato que, contra lo usual, había aprovechado su vida de soldado para aprender mucho bueno y para olvidar algo malo, en vez de escupir bravatas y buscar camorra á su rival, lo que hizo fué darle las gracias.

- Si tú, - le dijo, - no hubieras sido un mal amigo y un moscón de siete suelas, no sabría yo toda la constancia del amor de Pepa. ¡Mira si te debo!... Yo la quería antes; hoy estoy tentado por ponerla en un altar, como á la Virgen. ¡Mira si te debe! En resumen, gáznapiro, te desprecio; pero nos has hecho tanto bien á ella y á mí, que hoy y mañana y siempre haré por tí todo lo que me pidas y yo pueda.

- Pues haz que tu tío me admita para llevarle las cuentas de su tienda, - le contestó el hijo de Canina con envidiable serenidad.

No había pasado una semana, y el tendero, á ruegos de su sobrino, ocupó en su establecimiento al desdeñado pretendiente de Pepa.

En los corros de la plaza se habló mucho del regreso del Pato.

- Ahora veremos si se ha vuelto borracho
- Ahora veremos si se ha hecho pendenciero.
- Ahora veremos si es jugador.
- Ahora veremos si se despepita por todas las mujeres.

Estas frases andaban de boca en boca, y el tío Canina solía añadir diplomáticamente:



LUIS II REY DE BAVIERA, † el 13 de junio de 1886

- Lo que veremos ahora es que los segadores que trajeron esas noticias eran unos grandísimos embusteros. Lo único que yo temo es que se haya vuelto flojo para el *arate cavate*. ¡Son tan malos jornaleros los que vienen de servir al rey!

El temor del catedrático al aire libre duró poco: á los dos días de estar el Pato en la villa, se le vió en los corros de la plaza con su azada al hombro buscando trabajo. Pasaron otros dos días y corrió la voz de que el novio de Pepa seguía siendo capaz de hacer lo que el más pintado. Poco después se supo que trabajaba de nuevo en el cortijo de su antiguo amo. Después se dijo que tenía algunos ahorrillos: que Pepa hacía á toda prisa su ajuar; que él había comprado una casita en los arrabales; que á ella le daban sus padres de dote seis fanegas de tierra y unas ovejas; que se casaban en seguida; que se habían casado; que no había matrimonio más ocupado en quererse y en vivir como mandaba la doctrina. Vacó una plaza de alguacil, por defunción del que la desempeñaba. Todavía no habían enterrado al muerto, y ya andaban unos cuantos golosos haciendo la rueda á la vacante. El tío Canina fué á casa del Pato.

- Aquí vengo, - dijo tomando un asiento que le ofreció Pepa, - á que tu marido se interese por este pobre viejo.

- ¿Qué es ello? - preguntó Patricio.
- Que quiero ser alguacil.
- Pues vuelva V. por acá cuando yo sea alcalde y hablaremos.

- Ahora es cuando tenemos que hablar; porque tú que debiendo haberle cortado las orejas á mi hijo,



OTON I, REY DE BAVIERA



LEOPOLDO, príncipe regente de Baviera



EL DOCTOR GUDDEN, médico de Luis II, † el 13 de junio de 1886

le has hecho hombre, no has de negarme á mí, que te he defendido de malas lenguas, el pedazo de pan que puedes darme.

- Gracias, tío Canina, pero no vuelva V. á defenderme; porque para eso tengo yo cinco dedos en cada mano. Sepamos qué puedo hacer por usted.

- Ayúdame tú, Pepa, que si tú se lo pides, no hay quien me quite la vara. Es el caso que el señor secretario tiene mucha mano con los señores del Ayuntamiento; que el señor oficial de la secretaría no tiene menos con el señor secretario; y que tu tío el tendero ha hecho bastantes favores al señor oficial, y éste le está muy agradecido y deseando servirle.

- No diga V. más, - exclamó Pepa, que tenía siempre gana de estar á solas con su marido. - Esta noche iremos á la tienda, y mi Patricio y yo haremos lo que V. quiere.

- Ya lo ha oído V. tío Canina; con que vaya V. con Dios; - añadió el Pato, que no tenía menos gana que Pepa de estar sin testigos de vista.

Dió el viejo las gracias lo mejor que supo y tomó las de-villadiego.

Cuando se quedaron solos marido y mujer, dijo Pepa: - Al hijo debías haberle arrancado las orejas; pero al padre también debías haberle arrancado la lengua.

- Yo he aprendido que no hay nada tan hermoso como pagar el mal con bien; pero si tú quieres que haga una barbaridad...

- ¿Qué he de querer, si lo que me tiene á mí más orgullosa es que en tu corazón no hay hiel para nadie? Pepa y el Pato hablaron al tendero.

- Esto es echar margaritas á puercos, - dijo el tendero; - pero cúmplase vuestra voluntad.

Y habló al oficial de la secretaría.
- Mejor haríamos en pedir que mandaran á ese danzante á presidio, - dijo el oficial; - pero yo no puedo negar á V. nada.

Y habló al secretario del Ayuntamiento.
- A tí, por recomendarme á Canina, y á mí porque voy á darte gusto, - dijo el secretario, - debían declarar-

nos cesantes en el acto; pero pongámonos en su caso. ¿Quién sabe si seríamos tan depravados como él?

Y habló al alcalde, manifestando que así conseguirían convertir en un auxiliar del orden el elemento más disolvente de la población.

- Ese nombramiento nos va á deshonorar para lo que nos queda de vida, - dijo el alcalde; - pero póngamelo usted mañana á la firma, ya que cifra V. en él tan buenas esperanzas.

De este modo, convencidos todos de que hacían un disparate, se llevó el tío Canina la plaza de alguacil que nadie quería darle.

Como el Pato no parecía por las tabernas, por la plaza, por los billares, ni por ningún sitio más que por el cortijo, para ganarse honradamente el sustento, y por su casa, para descansar del trabajo cotidiano, y como la mujer del Pato en vez de perder el tiempo cotorreando con las vecinas ó visitando comadres, lo aprovechaba para tener su vivienda como una taza de plata, y su ropa y la de su marido sin manchas ni desgarrones, nadie hablaba de ellos más que de ramos á pascuas. Sin embargo, contábase que Patricio utilizaba los conocimientos que adquirió en el servicio para apuntar los gastos é ingresos de su casa y para leer obras de agricultura, y un curioso hubiera podido observar que cada dos años hacía Pepa que las campanas tocaran á bautizo y que la gente dijera:

- ¿Quién será la que no quiere que se acabe el mundo?
- La mujer del Pato, que ha salido una conejita de las más aprovechadas.

En cambio el alguacil Canina que, después de remojarse el gáznate con una copa de aguardiente, no pagándolo, por olvido, casi nunca, se presentaba todos los días en la plaza á cobrar un cuartillo de los forasteros de las cercanías que acudían á ella á vender algo, se arreglaba de manera que lo mismo los hortelanos y revendedores que los jornaleros, no se ocupaban de otra cosa que de él, y no por cierto para echarle incienso ó agasajarle con flores.

- Vuelva V. más tarde, - le decía un verdulero: - toavía no he vendido ni un ochavo de berengenas y no puedo pagar á usted.

- Eso no es cuenta de la autoridad, - contestaba el tío Canina: - tú paga, y luego vende ó no vende.

- Pero si le digo á V. que después le pagaré.

- Pero si te digo que la autoridad no viene aquí á entrar en contestaciones. ¿No tienes dinero? Pues dame un par de manojos de verdolagas y un par de libras de tomates, y asunto concluido.

- Un tiro le daría yo á usted.

- Que te soplo en la cárcel si me alzas el gallo.

- ¿Usted no sabe que trabajo todo el día para sacarle á la tierra cuatro berzas y cuatro lechugas, y que si usted con sus manos lavadas se las lleva, tendré yo que pedir limosna?

- Lo que yo sé es que los pobres tenéis muchas camándulas y mucho jarabe de pico, y que sois capaces de comeros lo vuestro y lo ajeno. Con que ó suelta los cuartos ó las verdolagas y los tomates.

- Llévese V. lo que quiera: ¡ojalá se vuelva cardenillo!

- Deja que escoja lo mejor, y agradece que mi autoridad se hace cargo de que eres un ignorante y de que clamores de burro no llegan al cielo.

Sus antiguos discípulos y satélites solían rodearle para echar un párrafo, y con frecuencia sostenían con su catedrático y ex-jefe animados diálogos.

Oigamos uno, referente á las autoridades y funcionarios públicos.

- Diga V., tío Canina, ¿es verdad que el secretario es un ladrón que no despacha bien más asuntos que los que le valen dinero?

- El señor secretario se está sacrificando por el pueblo y el deslenguado que diga otra cosa merece un calabozo.

- ¿Es verdad que el alcalde es otro ladrón que para no pagar contribuciones hace que los demás paguen lo que les corresponde y lo que no les corresponde?

(Continuará)

VIAJE A FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

El salario se estipula sin dificultad, conviniéndose en que daremos diariamente cierta porción de arroz, tabaco y objetos de quin-calla.

8 noviembre. - Llegada la hora de marchar, ya no hay remeros; todos los hombres han huido otra vez á los bosques; las mujeres que están en las casetas me miran con expresión estúpida, sin que sea posible hacerlas decir una palabra. Mientras que mis muchachos buscan los remeros se pasa el tiempo hasta medio día. Observo el sol, y mi cálculo me da un triste resultado; estoy á los $7^{\circ} 27' 3''$ de latitud norte; y hallándose Davao á los $7^{\circ} 1' 34''$, no he recorrido más que $25' 29'' = 47$ kilómetros, por el norte; para llegar á Surigao ($9^{\circ} 47' 53''$), debo franquear todavía una distancia que á vista de pájaro equivale á 261 kilómetros.

No se encuentran los fugitivos; pero las embarcaciones prometidas siguen amarradas en el mismo sitio. Todos mis *casancapan* (bagajes en bisaya) quedan embarcados en las tres piraguas; envío á Davao la barca de D. Basilio, y emprendo la marcha con mis cuatro muchachos y mi pretendido intérprete. Aunque esta tripulación no sea bastante, ni con mucho, mis hombres luchan contra la corriente sin queja alguna.

Una de las piraguas, muy averiada, acaba de zozobrar, y dejo en el fondo su cargamento, que no me es indispensable; en el mismo instante veo en la orilla un joven mandaya, que nos contempla con aire estúpido; le hago pasar á bordo, le pongo un remo entre las manos, y sin pedirme explicación alguna comienza á remar; de modo que ya tengo tres tripulantes para cada embarcación.

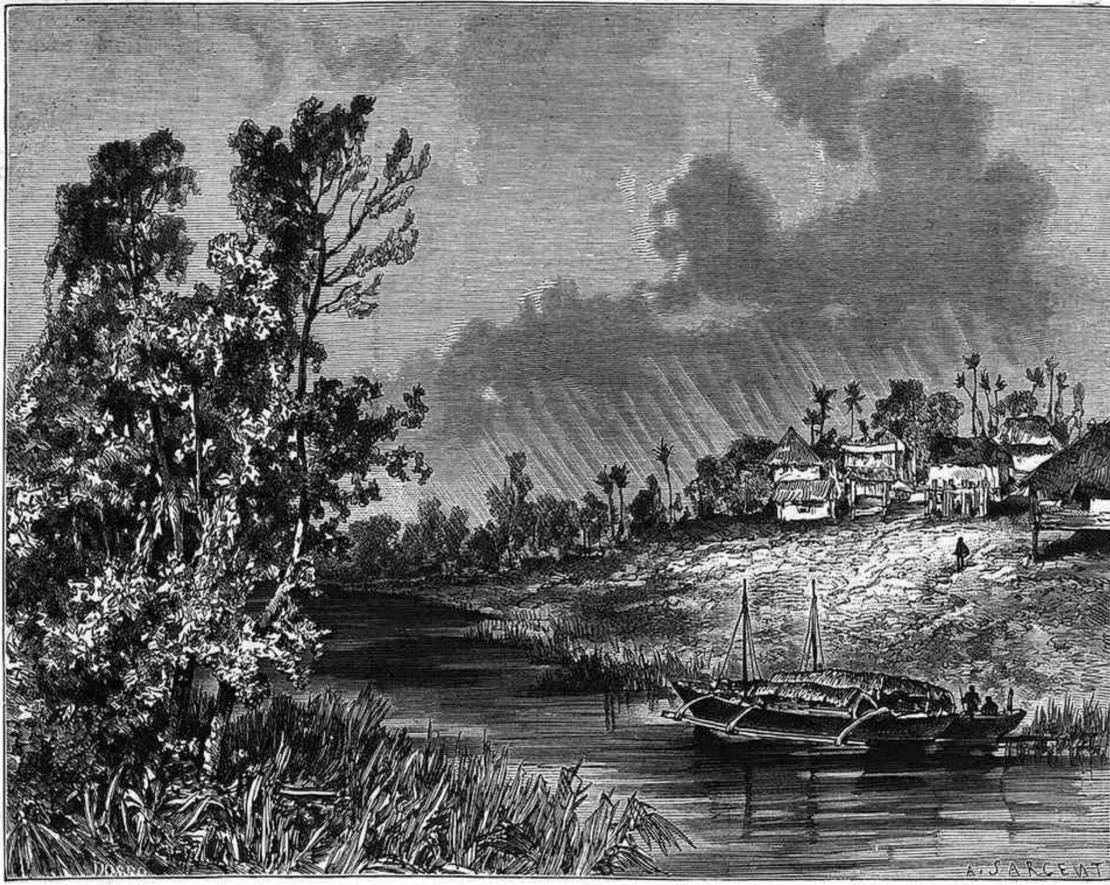
A una milla más arriba de Babao, el Tagum recibe un afluente, el Sahug; y después de algunas vacilaciones, ocasionadas por los informes contradictorios de mi nuevo auxiliar, me resuelvo á penetrar en el Sahug, deteniéndome

me á eso de las cuatro de la tarde en Mapawa, pueblo mandaya bastante poblado.

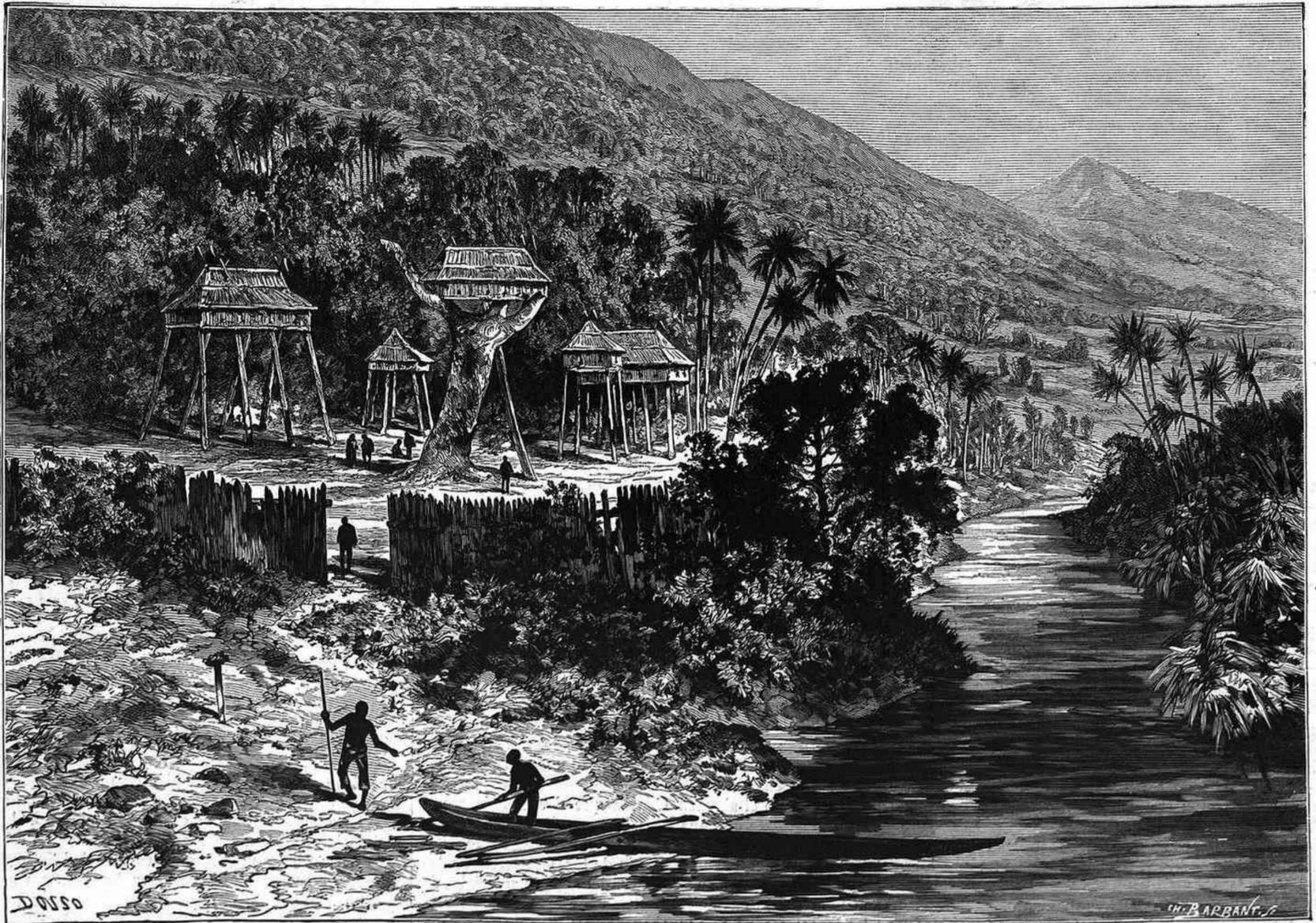
Todos los indígenas, agrupados á cierta distancia, me miran como si fuera un animal extraño, sin manifestarme benevolencia ni hostilidad; mis muchachos se mezclan con los habitantes, y este es el mejor medio de franquearse, pues los mandayas no se asustan de hombres que tienen el mismo color. Voy á los alrededores para cazar algunas aves; al primer tiro, varios indígenas que me seguían á cierta distancia se dejan caer unos encima de otros, y huyen después profiriendo gritos de terror; inútilmente los llamo, y no consigo darles alcance hasta llegar á Mapawa, donde se disponen á sembrar la alarma. Contengo la emoción popular, señalando á varios ancianos un ave parada en un árbol; disparo el tiro, hágola caer, y se la doy á los indígenas, asegurándoles que *mis rayos* no son temibles más que para los jabalíes y los ladrones.

el Libaganum viene de un lago situado al oeste; mientras que el Sahug nace hacia el norte; y en su consecuencia sigo remontando la corriente de este último. Durante el día encuentro siempre bastante fondo, y no hay obstáculos, salvo algunos árboles tendidos á través del Sahug, que no resisten largo tiempo á las hachas de mis muchachos; pero el río describe curvas cada vez más estrechas, formando penínsulas innumerables, cuyos istmos no tienen á menudo más de 50 á 60 metros de anchura. He aquí por qué, aunque adelanto bastante camino, me elevo poco por el norte; la latitud observada á medio día cerca de la desembocadura del río Hilug no me da más que $7^{\circ} 29' 48''$; en los pequeños promontorios bañados por el Sahug veo con frecuencia casetas rodeadas de algunos pequeños plantíos de batatas y de arroz; me cruzo con algunas piraguas que no tan cargadas como las mías, pasan como una flecha.

(Continuará)



Viaje á Filipinas. - Bincungán, aldea de moros



Viaje á Filipinas. - Aldea mandaya (región central de Mindanao)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑER Y SIMÓN